

clase media y cultura de la participación

ALBERTO DALLAL

Hemos heredado la ciudad como una reunión física de edificios y espacios y no como una forma de organización clara y consciente. Hemos distribuido y dedicado nuestras energías vitales a sobrevivir en un hacinamiento y no a desarrollar nuestras capacidades y a obtener la felicidad mínima a que supuestamente tiene derecho todo ser humano al entrar en contacto con sus semejantes. Hemos aprendido a guiar nuestro automóvil por calles intransitables, a sonreír y a dar los buenos días cuando ante nuestra vista aparece el vecino simpático, a pagar las contribuciones de la exigua propiedad que se halla registrada con nuestro nombre legal, a indignarnos cuando un ladrón o una pandilla somete a una persona “honorable” a los avatares de una inesperada agresión; también hemos aprendido a comentar el despilfarro de nuestros gobernantes y funcionarios, a quejarnos de los servicios deficientes, a dar “mordida” cuando el percance lo ha menester, a preocuparnos por los males que los analistas de “lo social” nos espetan en el cerebro cada vez que alcanzan la cima de sus brillantes disquisiciones y, por último, *last but not least*, como personas cultas que somos, hemos aprendido a mantenernos informados de los desastrosos corolarios que se elaboran una vez que se examina científica y técnicamente el desarrollo histórico de la ciudad occidental: contaminación atmosférica, suciedad, vicio, pobreza, insatisfacción cultural, desorganización, mala distribución de la riqueza, congestión del tráfico, improvisación administrativa, etcétera, etcétera. Con sorprendente paz espiritual volvemos los ojos a las soluciones brillantes aplicadas en las ciudades de los países ricos y con una aún más sorprendente paz espiritual nos entregamos a nuestra reducida cotidianidad laboral pensando que algún día los habitantes de la

ciudad de México también gozarán de tan increíbles adelantos. A las pesadillas sigue, pues, el estado de vigilia y posteriormente el sueño reparador. A la noche sigue el día. El ciclo se cierra. Pensamos que no hay más. La dicha nos será dada por la historia. Los problemas se resolverán sin nuestra participación directa porque las fórmulas se hallan implícitas a la clarividencia ejercida por los especialistas, por los organizadores, por los políticos. Nosotros estamos al corriente en nuestros pagos al fisco y tenemos, por ser personas metódicas, el suficiente optimismo para investigar en la prensa, en las revistas, en los libros, mediante conversaciones, mediante sesudas búsquedas en los materiales adecuados, cuál es el camino que sigue la civilización para restañar las heridas que le infligen los hombres que la componen. Así, con toda la buena fe de la que somos capaces, suponemos que a la explosión demográfica corresponderá su buena dosis de cultura de los anticonceptivos o su buena dosis de planificación familiar; que al deterioro de los productos de la naturaleza responderán compuestos químicos sintéticos que sustituirán a los que el organismo terráqueo ya no es capaz de reproducir; suponemos, asimismo, que tarde o temprano se inventará el artefacto indispensable, el mecanismo preciso para que los vehículos urbanos dejen de impregnar el espacio atmosférico, también urbano, con sus descargas de veneno. En síntesis: nuestro paisaje externo, tan reducido y corrompido, coincide con un paisaje interior, el de nuestra conciencia y nuestra tranquilidad para dar paso a una lógica pasiva y singular: no somos culpables de los males que aquejan día con día a nuestro espacio urbano, porque además de no deberle nada a la economía de nuestra comunidad, además de ser contribuyentes avezados y

ciudadanos honestos, somos personas interesadas en ampliar nuestras elucubraciones y en mantenernos al tanto de los avances en el terreno de la lucha por la supervivencia metropolitana. En una palabra: tenemos disposición para adquirir una cultura urbana y cumplir con sus requisitos.

Sin embargo, nuestra experiencia física cotidiana dentro de los límites del espacio urbano nos proporciona a cada momento igual dosis de sorpresas y disgustos. Existen elementos fuera de nuestra conciencia que, independientemente de ella, generan una incommensurable energía que de alguna manera —de mil maneras— influyen en nuestra forma de ser, de obrar. Cuando salimos de nuestras casas —y me refiero aquí a personas que han configurado un ritmo de trabajo, organizado un sistema de actividades—, cuando salimos de nuestros pequeños reinos y penetramos en el gran espacio urbano, suponemos que las medidas que hemos tomado mental y físicamente son suficientes para permitir que desempeñemos nuestras funciones dentro del organismo metropolitano y regresemos, ya dueños de nuestros cometidos, satisfechos de nosotros mismos y de nuestra gran ciudad (entre paréntesis: “de los palacios”) y también, de manera implícita, de las formas de organización que el hombre ha desarrollado y perfeccionado hasta alcanzar una sorprendente cima de logros y satisfacciones. En una palabra y metafóricamente: somos a la ciudad lo que Hegel creía que era a la historia y a la filosofía de Occidente: límite indiscutible, radiante corona en la cúspide de la inteligencia. Sin embargo, debemos ser honestos, aunque nuestra sinceridad nos haga descender hasta un nivel que diariamente en las mil caras de nuestra vida cotidiana, le escamoteamos a la realidad y a nosotros mismos: somos, tan solo, príncipes de innumerables reinos que separados unos de los otros, comienzan y terminan en los límites de nuestras propiedades urbanas. Regimos por mandato legal sólo dentro de nuestras cabezas, ejercemos nuestra soberanía dentro del modelo de política familiar que hemos creado en nuestra casa, en nuestro apartamento, etcétera, y tal vez, en los vehículos que devienen (¡oh increíble lucidez humana!) en extensiones de nuestra morada. (Todo lo anterior, naturalmente, si física o moralmente nos hallamos fuera del alcance de las redadas, muy de moda en los tiempos que corren.) Si somos consecuentes con esa honestidad a la que me refería antes, reconoceremos, entonces, que al salir por la mañana a nuestra empresa cotidiana somos poseedores por lo menos del optimismo que nos

entrega la satisfacción del gobierno de una ínsula estable, autosuficiente y digna que es nuestro hogar, pero que al regreso, por la tarde o la noche, cuando hemos cumplido con las obligaciones de nuestro trabajo y de nuestro esparcimiento, algo en nuestra conciencia ha cambiado de sitio, algún alambre perdido en la oscuridad de las sensaciones no obedece ya a nuestro convencimiento de que todo va bien en el exterior. Y aunque nuestras reservas de reflexión son todavía suficientes para sustentar nuestra fe en el porvenir, una especie de vago desasosiego comienza a realizar su labor de hormiga dentro de nuestro reino. Implantamos nuevas medidas y emitimos decretos inusitados, por si acaso: que los niños no jueguen en la calle, que se compren suficientes víveres para la comida del domingo, que atranquen bien las puertas por la noche, que se ponga en regla el seguro del automóvil, que los hijos adolescentes regresen temprano, que la señora no vaya de compras al centro, etcétera, etcétera. En otras palabras: que la avalancha no se nos venga encima, que esas tensiones y distensiones de la realidad urbana no penetren en los terrenos de nuestra casa, que nuestra manera de vivir no se vea afectada por la constante conmoción implicada en la vida de la gran ciudad. Y aún más: si objetivamente estas medidas habrán de satisfacer, aunque sea limitadamente, las necesidades dictadas por nuestra justificada inquietud, habrá otras medidas, éstas de tipo subjetivo, que intentarán pasos similares en el ámbito de la cultura de nuestra familia: que la hija no vea a fulanito “el de la melena larga”, que la televisión se apague antes de la merienda, que no se asista a tal escuela, a tal fiesta, a tal centro nocturno. O sea: que esa vida cultural tan lejana y tan próxima a nosotros no contamine el minúsculo habitat del cual somos responsables; que la mentalidad familiar se desarrolle en los mismos términos de pureza y asepsia que deseáramos para la sociedad mexicana entera. Así somos de buenos. Así somos de cultos. Así somos de precavidos.

No trate de descubrirse ironía en todo lo que he dicho hasta este momento. Interpretese, si se quiere, a la letra. No intento sino establecer las fronteras precisas que configuran el espacio analítico en el cual nos vamos a mover dialécticamente. Estas fronteras, estos límites, estas —¿por qué no llamarlas así?— limitaciones, son las siguientes: por una parte, la realidad objetiva de la gran ciudad, su *status* físico, una enorme extensión de terreno llena de calles, avenidas, edificios, parques, sectores y nervios que nos conmocionan, y nos influyen

profundamente, querámoslo o no; por otra parte, nuestro conocimiento de la gran ciudad, nuestra "buena" conciencia, nuestro entendimiento de los problemas que aquejan a la urbe moderna, o sea: la realidad subjetiva que se origina en nuestro cotidiano ser y hacer dentro de la ciudad y nuestro cuestionamiento y conclusiones de las formas de vida a que dan lugar las interrelaciones entre individuos y colectividad, entre colectividad y medio físico. Creo que, en general, son éstos los extremos de la vida que llevamos como habitantes de la ciudad de México y de los razonamientos que llevamos a cabo al percibir que, en última instancia, somos consecuencia de una suma de situaciones ya dadas, especificadas con anterioridad, situaciones en las cuales intervenimos como elementos "al gareté", como miembros de una cadena ecológica cuyo devenir no sólo nos irrita, sino que en ocasiones trastorna nuestra capacidad vital, nuestro mismo "ser hombres".

Sin el claro establecimiento de estas fronteras no podríamos situarnos sociológicamente, pues es obvio que nuestra realización como individuos depende de una manera directa de la forma en que la gran ciudad nos proporciona alicientes y obstáculos para desarrollar o entorpecer nuestras tareas. Prestarle atención a la realidad urbana particular que nos ha tocado vivir, no sólo es un deber, sino una obligación ineludible. La conciencia, hasta la fecha, sigue siendo la mejor arma para la adaptación o la oposición, aunque la adaptación a la gran ciudad occidental significa supervivencia más que solución, paliativo más que transformación. No importa: ya es algo. Cuando se vive la época de las bombas termonucleares y las matanzas colectivas, supervivencia —física o espiritual— quiere decir defensa de la vida y defensa de la inteligencia. De ahí que sólo a los habitantes de *La ciudad de Dios*, carentes de una muy real y objetiva ecología urbana, les haya importado un bledo la lucha por la supervivencia y la comprensión máxima y profunda de los problemas sociales que implica la naturaleza misma de un conglomerado de seres humanos que coinciden para vivir en un mismo espacio físico. De ahí también que cada intento por hacer más llevadera la vida dentro de las grandes ciudades nos entusiasme y nos mueva a curiosidad: ¿será posible, por ejemplo, que el ciudadano automovilista descubra una nueva manera de ser feliz caminando a su centro de trabajo o de diversión, prescindiendo del engorroso vehículo al que se había aferrado, convirtiéndose en ciudadano peatón aunque sólo sea experimentalmente? ¿Será cierto que ya se inventó un buen sustituto para el

motor de combustión, o para el dañino DDT o para el antiguo método de arrojar la basura y los desperdicios al mar? Con avidez leemos diariamente las noticias para buscar aquella que pueda proporcionarnos un mínimo de felicidad en la larga lista de catástrofes urbanas. Es un procedimiento al que apela nuestro instinto de conservación para satisfacerse. No está mal. La satisfacción de algunos de sus instintos fundamentales es un derecho que al hombre le ha costado mucho esfuerzo ganar. Pero, ¿qué hay de nuestros alcances y de nuestras capacidades para satisfacer nuestro instinto *colectivo* de conservación? ¿Qué hacemos o qué aprendemos para ampliar *colectivamente* la lucha por la supervivencia? La historia, el urbanismo, la ecología urbana, e incluso la arquitectura monumental, nos han enseñado que penetramos en una era en la que ya no es posible hablar de felicidad en términos de soluciones individuales. Somos muchos o no somos nadie. Los aspectos sociológicos de nuestra vida cotidiana irrumpen sin trabas en la realización de nosotros, individuos, ciudadanos específicos, poseedores de nombre y apellido de un título profesional, de títulos de propiedad, jefes de familia, responsables de un minúsculo reino expuesto a los avatares de la gran ciudad. Nuestra adaptación al medio no es ya asunto exclusivo de nuestra buena o mala suerte como individuos, sino fundamentalmente, dialécticamente, como entes que participan en el proceso urbano total. Como partes integrantes de la cadena ecológica participamos de una fuerza que requiere de teoría y práctica, conciencia y aplicación, cultura y ejercicio directo de energía activa. En este fenómeno de la participación se halla, creo, la clave de los problemas que plantea la gran ciudad contemporánea. Las ciencias correspondientes nos han explicado ya la realidad general, la realidad a grandes rasgos; nuestra vida diaria, como individuos que trágicamente se disponen a diario a sobrevivir en los hacinamientos metropolitanos, nos ha entregado certezas particulares. Pero, ¿cómo cambiar las cosas de un *status* deteriorado si no es mediante la participación tenaz y constante? Esta participación —que, además, debe ser inmediata— es la única fórmula, el único procedimiento que tenemos a la mano para transitar del ser individual al ser social, para desplazarlos de la contemplación a la vida.

Apoyo esta idea de la participación en una fórmula más general, aunque no menos concreta: "La supervivencia de las ciudades, o en algunos casos su dudosa salvación, depende de sus habitantes." Que esta participación se haga objetiva a través de comités de barrios,

de juntas de ciudadanos, de organismos vecinales o de asociaciones de núcleos urbanos, es tema que ofrece interés suficiente para otro estudio, según la actitud específica que se asuma con respecto al tema. De lo que estoy convencido es de que deberá tratarse de un organismo extrainstitucional, operativo y práctico, desligado fundamentalmente del poder político existente por motivos de suficiencia democrática, el cual desempeñaría sus funciones en base al examen consecuente y directo de los problemas particulares que le atañen y en base al sistema liberal de organización al que estamos adscritos. A medida que esta libre agrupación de habitantes de una misma zona, tras el análisis y el conocimiento profundos de los asuntos que le incumben, participara y accionara el mecanismo urbano, los integrantes de cada sector irían proporcionándose a sí mismos los instrumentos mentales y prácticos para configurar una unidad mediante los elementos-extremos a que me he referido con anterioridad, a saber: la objetiva, real y constante presión que la vida cotidiana ejerce en la forma de vida individual y el criterio subjetivo con el que respondemos de una manera particular los habitantes del complejo urbano. Sólo así podría crearse esa visión de conjunto que nos es indispensable para integrarnos al desarrollo urbano (trátase de un núcleo, un sector o una ciudad entera), esa cultura urbanística que muchos confunden o confundirán con la política y que realmente será política en términos de una búsqueda del bienestar del grupo y de la colectividad en cuanto conocimiento de situaciones concretas y en cuanto aplicación de medidas prácticas parciales, ya que las generales, en "lo urbano" competen y son responsabilidad de las instituciones administrativas y gubernamentales correspondientes. Se plantea, pues, la incorporación organizada del ciudadano al aparato urbano. Desde el punto de vista estrictamente técnico de la planificación se trataría de un procedimiento democrático tendiente a ampliar y multiplicar los cauces a través de los cuales se recaba la información necesaria para reestructurar o crear sectores o regiones urbanas. Asimismo, se aceleraría la aplicación de soluciones parciales inmediatas cuya determinación y realización resultan lentas, limitadas y en ocasiones inalcanzables dentro del consenso de los procedimientos utilizados en el sistema urbano tradicional. Como puede apreciarse, no se trata sino de hacer consciente al ciudadano del fenómeno *urbe*, de volver los ojos en dirección de la idea medieval de que la morfología metropolitana jamás carece de un sentido interno y profundo que responde a las necesidades, a

los anhelos, a las formas de vida y a la cultura de sus habitantes.

Mucho se ha hablado ya de cómo la ciudad de México altera y pierde, en la fisonomía de los nuevos edificios, en la destrucción de sus riquezas arquitectónicas, en el desplazamiento de sus actividades artesanales y en la ineficaz manipulación de su tránsito y sus vehículos, cómo prescinde, digo, de su identidad social e histórica. Éste no es, ni mucho menos, un fenómeno exclusivo de México ni de las ciudades dueñas de una tradición secular. Tampoco estamos en contra de los avances naturales y artificiales de la especie humana (y esto lo probaremos más adelante al tratar la industrialización y el proceso de urbanización). Pero, ¿acaso miento al afirmar que tenemos una visión fragmentada de nuestra propia ciudad y que hemos perdido toda capacidad de preocupación al respecto? ¿Y miento acaso al decir que ni siquiera en los términos de hecatombe colectiva en que se plantean los problemas urbanos podemos ahora intervenir para ofrecerle a nuestros descendientes la garantía de una vida carente de peligros tan siniestros? La expansión y profundización de las ciencias sociales, del planeamiento urbano y del urbanismo, en la época actual, aún no superan el divorcio entre sus soluciones teóricas y la real y expedita participación social. Para el hombre común, los avances de las ciencias y de la técnica devienen en personajes y procedimientos fantasmagóricos que pertenecen, si acaso, a la más pura literatura de ficción. Y, créaseme, cuando se trata de la supervivencia, cualquier juego de fantasmas resulta una macabra premonición.

Uno de los fenómenos fundamentales que influyen en el crecimiento y reestructuración de las ciudades es el de la industrialización. Como otros problemas, el de la proliferación de la industria dentro del área urbana se ha manipulado en base a sus aspectos estrictamente negativos (contaminación atmosférica, invasión de zonas verdes, falta de transporte, ausencia de eficacia habitacional, etcétera). Se ha hecho de lado sistemáticamente el planteamiento de otros aspectos que, si bien no expresan situaciones positivas, sí ayudarían al conocimiento objetivo de la realidad urbana. La industrialización es un fenómeno irreversible. Sólo a través de ella el hombre contemporáneo puede crear su subsistencia material. En la historia, la industrialización no puede considerarse sino como un paso adelante en el desarrollo de la sociedad. Es posible que ningún otro fenómeno de nuestra época resulte tan contundente en lo que respecta a la ecología de las ciudades. La demografía

urbana y la movilidad encuentran en la industrialización su más profundo origen y el problema de la población (por tratarse de hombres concretos) es el que plantea mayor número de desafíos a las formas de organización que adoptan las autoridades de una ciudad dada.¹ Ante la imposibilidad de anular o detener el fenómeno de la industrialización, los urbanistas modernos han intentado aislar, agrupándolos por géneros, los complejos industriales. De esta manera han creído salvaguardar a la ciudad de los males inherentes a la producción industrial en gran escala. Sin embargo, las consecuencias han sido nefastas: los regímenes de propiedad han sufrido alteraciones insuperables, las zonas habitacionales y el transporte se han desquiciado, la contaminación atmosférica se ha agudizado en espacios aún más amplios y, lo que es peor, no se ha impedido la creación de industrias en las áreas originales. En pocas palabras: la ciudad, por razones de tipo económico, requiere del desarrollo de la industria y, al mismo tiempo, descubre que sus males fundamentales provienen de la industrialización. O sea: lo que la ecología urbana puede o debe considerar como actividad esencial de mejoramiento y adaptación al medio, el urbanismo debe verlo como epidemia incontrolable. No vamos a detallar las innumerables fórmulas generales que se han propuesto para, por lo menos, mantener el *status* industrial sin que se afecten mortalmente la vida de los habitantes de una gran urbe, pero aprovecharemos el tema para examinar dos cuestiones. La primera se refiere al hecho de que las ciencias que auxilian a la planificación en sus tareas de elaborar y realizar los cambios necesarios en una región o en una ciudad, no se hallan vinculadas entre sí mediante un denominador común que haga uniformes las aplicaciones propuestas. En otro texto he llamado a este denominador común "cuerpo de doctrina"² y se refiere no sólo a una suma de datos y estudios previos al diseño de la proposición, sino también a un criterio general, político, —en el más científico de los sentidos del término— que unifique doctrinaria, filosófica, ideológicamente, las actitudes, por así decirlo "las visiones del mundo" que sustentan

¹La mejor de las soluciones posibles al problema de la industrialización dentro de las ciudades sería, naturalmente, la industrialización y la mecanización simultánea de todas las funciones urbanas (calles móviles, núcleos de abastecimiento colectivo, vehículos "irradiantes", etcétera), sólo que el alto costo y la "uniformización" de estas medidas las hace, por ahora, irrealizables.

²Alberto Dallal "Urbanismo y planificación", *Cuadernos Americanos*, México, ene.-feb. 1969.

los diferentes investigadores, técnicos, científicos y especialistas que intervienen en el cometido planificador. Resulta absurdo que, ante los problemas a que nos enfrenta la realidad colectiva; se planteen informaciones y soluciones desligadas unas de otras, como si el hombre pululara en la existencia desarrollando de manera aislada cada uno de los niveles y aspectos de su vida individual y colectiva, como si al comer dejara de lado sus sentimientos y preocupaciones, como si al trabajar se impusiera la disciplina de no pensar en el presente, como si al divertirse o al hacer deporte prescindiera para siempre de intervenir en otro tipo de actividades. De lo anterior podemos desprender que cualquier intento de crear o reestructurar una zona industrial, sin tomar en cuenta los demás aspectos del problema (habitación, transporte, instalaciones deportivas, recreación, inversiones mediatas, participación política, etcétera) resultará, si no un fracaso completo, si una medida parcial o un paliativo o tal vez un núcleo generador de cánceres sociales y urbanos. Si el planificador, el analista social, el científico, el dirigente político, cualquier persona que tras un estudio metódico, olvida la coherencia científica, o sea el enfoque que hace real, no utópico, a la solución propuesta, se expone a que su mirada parcial y limitada quede superada, sin más, por las deducciones intransigentes de científicos más audaces. No causa curiosidad, sí irritación o indignación, descubrir un texto como el de Federico Engels que reproduzco a continuación, el cual delata no sólo la miopía o el reducido sentido de justicia que padecen los planificadores de la ciudad occidental actual, sino también la lentitud con la que la especie humana parece moverse hacia la consecución de sus más elementales derechos:

¿Cómo pues, resolver el problema de la vivienda? En la sociedad actual, se resuelve exactamente lo mismo que otro problema social cualquiera: por la nivelación económica gradual de la oferta y la demanda, solución que reproduce constantemente el problema y que, por tanto, no es tal solución. La forma en que una revolución social resolvería esta cuestión no depende solamente de las circunstancias de tiempo y lugar, sino que, además, se relaciona con cuestiones de mucho mayor alcance, entre las cuales figura, como una de las más esenciales, la supresión del contraste entre la ciudad y el campo. Como nosotros no nos dedicamos a construir ningún sistema utópico para la organización de la sociedad del futuro, sería más que ocioso detenerse en esto. Lo cierto, sin embargo, es que ya hoy existen en las grandes ciudades edificios suficientes para remediar en se-

guida, si se les diese un empleo racional, toda verdadera “penuria de la vivienda”. Esto sólo puede lograrse, naturalmente, expropiando a los actuales poseedores y alojando en sus casas a los obreros que carecen de vivienda o que viven hacinados en la suya. Y tan pronto como el proletariado conquiste el poder político, esta medida, impuesta por los intereses del bien público, será de tan fácil ejecución como lo son hoy las otras expropiaciones y las requisas de viviendas que lleva a cabo el Estado actual³

Hasta aquí el texto de Engels, escrito en 1872; hasta este momento la noción fragmentada de la realidad que caracteriza a las mentalidades burguesas y pequeño-burguesas y que las mantiene alejadas de una realidad social estrujante como la que describe y enjuicia Engels, una realidad que produce entes urbanas como Ciudad Netzahualcóyotl o cualesquiera de las zonas industriales periféricas a la ciudad de México.

La segunda cuestión que deseo examinar con respecto al fenómeno de la industrialización se refiere a la tan traída y llevada idea de la descentralización. Curiosamente, los especialistas de las diferentes disciplinas sociales confunden los términos: al descongestionamiento le adjudican el nombre de descentralización y proponen la creación de ciudades satélite, nuevas zonas industriales, nuevos complejos habitacionales, aeropuertos, estaciones, etcétera, alrededor de la gran urbe. Como ésta sigue conteniendo en su seno las instalaciones administrativas, comerciales y gubernamentales más importantes, si bien la ciudad queda descongestionada en algunas de sus actividades, en otras se ve obstaculizada y penetrada de nuevas complicaciones. Esta “descentralización” no hace sino extender los límites de la ciudad a parajes más lejanos, solución tan antigua como las bastidas francesas del Medioevo, fortificaciones militares construidas en las viejas tierras aquitanas, o como nuestras más cercanas “garitas”, focos o núcleos suburbanos que dieron lugar a la ineludible propagación de todo tipo de actividades urbanas, o sea, en términos de ecología urbana, a un corrimiento del habitat. Por otra parte, esa idea de la “descentralización” ha sido adoptada sin reservas para plantear soluciones supraestructurales, es decir en los niveles de la educación, el arte y la cultura. En los últimos años hemos visto cómo se multiplican las instalaciones y los edificios universitarios, cómo proliferan los centros de diversión y los cines, cómo se aprovechan los jardines y parques para organizar representaciones teatrales y conciertos. Si

³ Engels Federico: *Contribución al problema de la vivienda*, Moscú, Ediciones en lenguas extranjeras, s/f.

bien estos “puestos estratégicos” han descongestionado en algún grado a aquellos antiguos, en los que se concentraba este tipo de actividades, subsisten los problemas de fondo, o sea los que tocan de lleno el asunto de la migración campo-ciudad, el asunto del desplazamiento de los obreros a las fábricas, el asunto del abastecimiento de agua y alimentos. En síntesis: se han diseñado “descentralizaciones” que congestionan sitios en los que generalmente se reúnen personas que no tienen problemas de índole fundamental como son el desempleo, la emigración, el reducido o nulo acceso a servicio médicos, problemas de alimentación, etcétera. Se han ofrecido todavía más ventajas a las personas que, de alguna manera, pueden resolver sus necesidades y problemas “subjetivos” acudiendo a los lugares adecuados. En este sentido, resulta necesario hacer hincapié en una verdad sociológica: el problema de la urbanización se halla estrechamente vinculado al fenómeno de la industrialización. Dicho de otra manera: el establecimiento de centros industriales en la ciudad constituye el origen y la esencia del problema de la urbanización. Cualesquiera medidas que se refieran a los niveles supraestructurales resultarán parciales, limitadas y superficiales, sobre todo considerando que se dejan de lado problemas tan importantes como el de las presiones demográficas en el área urbana o el de las relaciones entre la población total del país. Al respecto, José B. Morelos, demógrafo, nos informa que:

... en poblaciones como la de México, cuyas características son su rejuvenecimiento y su rápido crecimiento... la población activa tiende a crecer a un ritmo inferior al de la población total. Este crecimiento diferencial explica el aumento que experimenta... la relación de dependencia, o, lo que es lo mismo, la disminución de la proporción de la población activa respecto a la población total (tasa bruta de actividad)⁴

Y añade este investigador que el cambio en la estructura ocupacional:

que más influencia ejercerá en el grado de participación de la población activa será la disminución de importancia relativa de la mano de obra en el sector agrícola. Esta transformación significa mayor proporción de la población en actividades urbanas, mayor asistencia escolar y una disminución de la participación en las edades marginales.⁵

⁴ José B. Morelos: “Entradas a la actividad, salidas y vida media activa en México, 1960-1965”, *Demografía y economía*, vol. II, N° 1. México, 1968, p. 19.

⁵ José B. Morelos: *Op. cit.*

No habremos de referirnos a otras calamidades que suscita la industrialización, como por ejemplo el desempleo, la deshomogenización cultural y las contaminaciones atmosféricas y acuíficas, pero sí añadiremos que para el urbanista contemporáneo las áreas industriales y semiindustriales de la gran ciudad se han convertido en puntos neurálgicos y auténticos desafíos a la imaginación. Ahora los diseños urbanísticos deben incluir especificaciones espaciales que incorporen al proyecto todos los satisfactores y todas las variaciones posibles. Como acertadamente afirma Christopher Alexander:

un diagrama de requisitos llega a ser útil sólo en la medida en que contenga las implicaciones físicas, o sea si contiene los elementos de un diagrama formal. Un diagrama formal llega a ser útil sólo si sus consecuencias funcionales son previsibles, o sea sólo si contiene elementos de un diagrama de requisitos. Un diagrama que expresa exclusivamente requisitos o tan sólo formas, no es ninguna ayuda para efectuar la transformación de requisitos en formas y no jugará ningún tipo de papel constructivo en la búsqueda de formas específicas.⁶

No quisiera terminar estas consideraciones en torno a la idea de la descentralización sin comentar sus implicaciones históricas. Parece ser que los fenómenos sociales y logros técnico-científicos propios de nuestra época han hecho mella en las formas de organización a que daba cabida la ciudad tradicional. La familia, ese embrión inamovible que quedaba constituido apenas dos seres se unían en santo o en civil matrimonio, ya no es la institución que contra viento y marea reducía al mínimo las penurias y sufrimientos de sus integrantes. En la actualidad, la enorme facilidad para viajar, para estudiar en países extranjeros, la movilidad internacional, la capacidad de los jóvenes para casarse o vivir juntos casi en la adolescencia y la cada vez más profunda intervención de la mujer en los derechos y obligaciones otrora exclusivos del hombre, han hecho que la familia adquiera una naturaleza más operativa, menos estática, más reducida en cuanto a número de personas, menos exigente en cuanto a instalaciones habitacionales, etcétera. Todo esto sin contar las consecuencias de las luchas generacionales y revolucionarias, las cuales, en algunos casos, han escindido la unidad familiar y transformado su estructura tradicional. Por otra parte, los viajes fuera de la atmósfera, el enorme desarrollo de los medios masivos de comunicación, la

⁶ Christopher Alexander: *Notes on the Synthesis of Form*, Harvard, Harvard University Press, 1967, p. 87.

aparición de nuevas ocupaciones que requieren del traslado del hombre de un sitio a otro lejano, e incluso las noticias que recibimos acerca de una revolución como la cultural china (en la que grandes masas de jóvenes obreros y estudiantes viajan miles de kilómetros para entrar en contacto y en conocimiento de los pobladores continentales), nos dejan la impresión de que el hombre contemporáneo está a punto de adquirir una imprescindible visión móvil y aerodinámica del mundo, de que las formas de vida actuales serán sustituidas por otras, no sólo descentralizadas con respecto a puntos geográficos, regionales o urbanos específicos, sino descentralizadas también en lo que toca a los sentidos de autoridad, paternalismo, protección, etcétera. El hombre del futuro habrá de desarrollar su sentido gregario al máximo, superando las áreas del núcleo familiar, para entrar de lleno, a través de sus tareas y sus convicciones, a una especie de solidaridad colectiva que responda a las necesidades de la organización social. Naturalmente, los problemas que habrán de inquietar a los ecólogos trascenderán las zonas urbanas y regionales. Aparecerá una "ecología espacial" que por fuerza habrá de incluir elementos tan subjetivos como el de la cultura de la adaptación instantánea, el de la sexualidad colectiva y autotransformante, el de los procesos fisiológicos artificiales y sintéticos, el del conocimiento y la creatividad tecnológica, el del impulso amoroso totalizador, etcétera, etcétera, nociones y sólo hasta cierto punto fantasías que nos encuadran en el umbral de una época llena de experiencias excitantes, pero que de ningún modo nos hacen olvidar que la imprevisión de nuestros científicos, planificadores y autoridades nos condena a mantener intactas nuestras relaciones, bien actuales, con los tugurios, el congestionamiento, la contaminación y la desorganización. (Pero dejemos este tema de la ecología espacial para el momento en que nuestro comité de barrio haya recabado por lo menos aquellos datos acerca de las necesidades y de los problemas que aquejan a los habitantes de la manzana en que se halla instalada nuestra casa-habitación.)

Otro de los fenómenos que moldea incesantemente y de manera fundamental las características del proceso de urbanización, es el de la migración campo-ciudad. Desde el punto de vista sociológico, el desplazamiento de los habitantes del campo hacia la ciudad debe verse como un problema de lucha de clases y no como una automática adaptación, con todas sus tragedias y miserias, al sistema urbano. Cuando observamos con atención, al mendigo o al vendedor ambulante que pulula

por las calles de la ciudad de México, nosotros mismos estamos en condiciones de establecer la diferencia: por su manera de vestir, de hablar, de caminar, de comunicarse con la gente, esa persona que observamos puede catalogarse como “lumpen” ciudadano, como “peladito”, habitante, desde hace tiempo, de alguna de las colonias proletarias que proliferan en los suburbios o en el corazón de la ciudad; o bien, al percatarnos de su falta de audacia, de su atuendo sencillo, de su terrible y admirable menosprecio, de su especie de “miedo orgulloso” o de una dignidad ancestral que hemos aprendido a detectar en las anchas facciones de su rostro, llegamos a la conclusión de que se trata de un campesino o una campesina, persona que, de no viajar desde muy lejos, duerme en las calles o en los terrenos baldíos. Mientras no encuentra colocación en una casa burguesa o semiburguesa; mientras no encuentra acomodo en una fábrica; mientras no recibe un sueldo exiguo e indignante, el campesino que se ha trasladado a la ciudad vive una doble tragedia y una doble injusticia: si regresa a su lugar de origen, él y su familia morirán de hambre o caerán en la vil explotación que sufren los asalariados del campo; si logra penetrar en el complicado engranaje de las instalaciones fabriles, pasará mucho tiempo antes de que logre conseguir una paupérrima habitación y adaptarse, improvisadamente, a los avatares de la vida urbana. No es necesario repetir que el campesino es la clave de la actual revolución latinoamericana, ni que la clase campesina, ya ahora indomable en su descontento, es la única que alimentará y hará crecer al proletariado latinoamericano, el cual paradójicamente se hará más fuerte en todos sentidos a medida que evolucione la única fuente de desarrollo económico de América Latina: la industria. Sí, insistiré en que la Revolución Mexicana aún tiene una deuda enorme con el campesinado y que depende del tratamiento que dé a este sector de la población la manera como responderán los demás sectores dentro de una economía dependiente como la nuestra. Si las ciudades latinoamericanas poseyeran los recursos suficientes y la capacidad de previsión necesaria, podría planificarse al máximo, racionalmente, el desplazamiento de la mano de obra rural hacia sectores urbanos. Si se aplicaran medidas e inversiones adecuadas, este fenómeno podría equilibrarse mediante acciones simultáneas que incluyeran la mecanización e industrialización de las zonas agrícolas y el acondicionamiento de aquellas secciones de la ciudad a las cuales van a acudir los habitantes del campo

para convertirse en obreros y penetrar en el sistema contemporáneo de la industrialización. Naturalmente, tanto la modernización de las tareas agrícolas como la planificación de los nuevos centros fabriles tendrían que preocuparse por los aspectos de habitación, servicios de higiene y transporte, educación, diversión y desarrollo cultural (es lo menos que puede hacer cualquier equipo de planificación cuando se trata de campesinos y obreros), pero pienso que también sería conveniente una nueva actitud con relación a las circunstancias económicas. Es decir: deberán proyectarse estas áreas rurales y urbanas en términos de zonas autosuficientes en lo económico y lo social. Como ya está probado que las inversiones oficiales no pueden hacerse cargo del problema en la magnitud señalada, deberá aplicarse muy pronto, y de manera urgente, una política que obligue a las grandes empresas privadas a proveer a campesinos y obreros de instalaciones necesarias para su pleno desenvolvimiento como hombres y como elementos económicos. Supongo que ésta no es una idea muy nueva que digamos; supongo que, por ejemplo, en los países socialistas los planificadores no dan un paso al respecto si no han tomado las medidas indispensables para que las zonas agrícolas y fabriles de nueva creación contengan todos aquellos medios que garantizan el desarrollo de los habitantes en todos los sentidos y direcciones; supongo que, por lo menos esbozadas o impracticadas, estas cuestiones se hallan incluidas en la legislación mexicana correspondiente; supongo, por último, que no obstante la buena fe de algunos científicos y dirigentes, nuestro sistema social no permite la erogación de cantidades inexistentes de dinero para proyectar, diseñar y realizar estas comunidades (vivimos, repito, la ideología de la supervivencia, del paliativo, no la de la transformación). Pero creo que las circunstancias históricas y la realidad latinoamericana apremian para efectuar un cambio, un cambio que, de no utilizarse procedimientos audaces, objetivos y racionales, sobrevendrá de manera violenta dada la miseria y la insatisfacción de vastos sectores de la población campesina y obrera de nuestros países. ¿No valdría la pena, entonces, que el habitante medio de la ciudad y del campo se condicionara al análisis de su realidad inmediata para resolver, dentro de sus capacidades, en unión con sus coetáneos, organizadamente, sus necesidades más apremiantes e incluso para preparar el terreno de transformaciones y desenvolvimiento futuros? Vuelvo a hacer hincapié en el hecho de que nuestra visión fragmentada de la reali-

dad nos hace contemplar el fenómeno de la urbanización casi como una abstracción, como un conjunto de circunstancias alejadas de nuestro habitat y de nuestras formas de vida. Pero al alimentar esta actitud, ¿no estamos separándonos al mismo tiempo de las raíces sociológicas del problema? ¿No evitamos pensar que algún día el asalariado del campo que penetra en los hacinamientos metropolitanos, que el obrero de la ciudad que vive en condiciones infrahumanas, que ese lumpen que nos hace reír por su habla y su atuendo, se preguntarán quiénes viven en nuestras casas y nuestros apartamentos, quiénes aprovechan al máximo los servicios que el urbanismo contemporáneo pone a disposición de todos los habitantes de la ciudad, quiénes son los hijos predilectos de las autoridades administrativas y de la gran urbe? Paulatinamente nos hemos alejado de los ingredientes sociales reales del problema. Al llegar a nuestras casas volvemos los ojos hacia el televisor y nos sentimos seguros con nuestra biblioteca, nuestro bar, nuestro refrigerador y con los numerosos “implementos que tanto trabajo nos ha costado adquirir”. En realidad, lo que hacemos es huir de las tensiones urbanas, de los impresionantes reductos de la miseria y la muerte. Nuestro trabajo, nuestras ocupaciones, nuestras diversiones, nuestra cultura exclusiva, nos han instalado en un bien ganado aislamiento. No somos capaces (y nótese: por nuestro propio bien) de investigar cuántas personas y en qué condiciones viven alrededor nuestro; no sabemos cuántas fábricas, cuántos talleres, qué cantidad de obreros, cuántos niños sin escuela se diseminan en nuestra manzana, en nuestro sector, en nuestra colonia. ¿Con qué objeto investigar, pues, las condiciones en que viven los emigrantes del campo o los obreros ferrocarrileros o pepenadores o los semiproletarios de una ciudad de siete u ocho millones de habitantes? Sin embargo, como lo plantea Christopher Alexander:

quienes se creen autosuficientes crean un mundo que reafirma la fuerza del individualismo y de la introversión. En las grandes ciudades esto se refleja en las casas de departamentos. Aunque reunidos y conteniendo una elevada densidad de población, estos departamentos son en realidad —como las personas que los habitan— completamente introvertidos. La gran densidad hace necesario aislar cada departamento del mundo exterior; la vivienda está alejada de la calle; resulta prácticamente imposible hacer una visita imprevista e informal a alguien que vive en un edificio de departamentos. No nos sorprenden entonces los resultados de estudios recientes que de-

muestran que la gente que vive en departamentos se siente más aislada que la que habita en otros tipos de vivienda.⁷

No iré tan lejos como Christopher Alexander y por ningún motivo supondré que la solución a éste y cualquier otro tipo de aislamiento radica en la configuración formal urbanística de los conjuntos habitacionales. Ya la *Ciudad radial* de Le Corbusier proponía fórmulas parecidas. Estoy convencido de que los logros formales del hombre, así como sus expresiones artísticas, tecnológicas, científicas e intelectuales, denotan un origen sociológico que debe ser examinado y cuestionado. Como he afirmado en otra ocasión,

... las masas muestran predisposición al cambio o el cambio puede sobrevenir y crear un estado de sorpresa en ellas. Su comportamiento ante la necesidad de realizar, por ejemplo, una revolución, constituye una manifestación de su mística natural. La cultura, como suma total de conocimientos, como configuración general de la conducta colectiva aprendida y de sus resultados, se opone o vivifica a los cambios sociales. No es necesario que la transformación incumba a la totalidad de una nación para que, ante su aplicación inminente, sobrevenga una respuesta general en pro o en contra.⁸

Por consiguiente, la aceptación o el rechazo del cambio que apunta ya el estudio de la ecología urbana de la ciudad de México, los dejo al criterio y la cultura de cada uno. Sin embargo, al señalar que la supervivencia de las ciudades recae en la responsabilidad de sus habitantes no me abstengo de elaborar proposiciones concretas, las cuales, naturalmente pueden ser enriquecidas según las circunstancias, las capacidades, la cultura y el ánimo de otras personas, en mayor medida participantes de esa nueva forma de vida, intensa y necesaria, que puede acelerar el mejoramiento del *status* urbano. No creo, en todo esto, descubrir un Mediterráneo, pues las mismas noticias periodísticas nos hablan de acontecimientos que convergen a las mismas situaciones y soluciones. Me refiero a cómo toda una ciudad (la de San Francisco de Macoris, en Santo Domingo) se declara en huelga para conseguir sus demandas, o al hecho de que en Montevideo, bajo la presión de los ciudadanos deja de imponerse de nueva

⁷ Christopher Alexander: “La ciudad como mecanismo de sostén para los contactos humanos”, *Nuevas ideas sobre diseño urbano*, Cuadernos summa-nueva visión, N° 9, México.

⁸ “La mística de las ciudades”, *Diálogos*, N° 37, México, enero-febrero, 1971.

cuenta, legalmente, el estado de sitio. ¿Por qué entonces no desviar la mirada del televisor y volverla hacia el espacio en que nos ha tocado o hemos escogido vivir? ¿Por qué no entender, gracias al interés de lo que se halla cerca de nosotros, ese proceso ecológico urbano que crea desajustes en nuestra sensibilidad? ¿Por qué no, comenzando por lo cercano, por lo inmediato, no intervenir en la salvación y el engrandecimiento de nuestra ciudad? En una urbe en la que, por razones de surrealismo político, a sus ocho millones de habitantes no les es concedido el derecho de elegir a su gobernador, se hace indispensable la participación del ciudadano en instancias que den fe de su paso por el mundo. La industria, el automóvil, los pesticidas, los detergentes, los compuestos químicos sintéticos, el asfalto, etcétera, son inventos del hombre y como hombres podemos, en asociación con otros hombres, sujetar sus aplicaciones negativas y fomentar y auspiciar sus resultados positivos. Por lo pronto, podemos explicarnos cuáles son las condiciones ambientales y de espacio en las que estos inventos realizan los fines para los que han sido creados. Los monumentos, las plazas, los edificios históricos y públicos son realizaciones del hombre y como hombres podemos detectarlos, contarlos y salvaguardarlos de su destrucción para asegurar una fisonomía que psicológica y culturalmente nos es grata. Pero las distintas formas de organización que el hombre crea para desarrollarse, multiplicarse y perfeccionarse también son producto de la capacidad humana y como tal podemos analizarlas, cuestionarlas y, de ser necesario, apoyarlas o transformarlas. Por su parte, el silencioso proceso ecológico ha manejado, consciente e inconscientemente, nuestro espacio urbano. Si bien el espacio abierto es un elemento que a todos atañe y a todos pertenece (por lo menos a todos los habitantes de una ciudad, de una comarca y de un país), también hay una parte del espacio que se ha ido cerrando dentro de las propiedades, dentro de las plazas, calles y avenidas, dentro de los jardines y de los barrios. ¿Acaso queda fuera de nuestra comprensión el uso que se le ha dado al espacio? ¿Acaso el espacio queda fuera de nuestra intervención, de nuestra capacidad de adaptación, de nuestra mirada? Lo mismo podríamos señalar de nuestros sistemas administrativos, de nuestros servicios, de nuestra cultura, de nuestra educación. Podemos, de inmediato, propiciar la higiene, intensificar la instalación de una escuela, promover una actividad cultural, “desfacer un entuerto social”, impedir una injusticia, erradicar un anuncio, un bache, un artefacto que

afea nuestro ambiente. A la cultura de la pobreza podemos, mediante la comprensión, oponer la cultura de la participación. Debemos y podemos recabar la información necesaria para comenzar de inmediato. Lo “demás” político vendrá por añadidura. Mediante el conocimiento de nuestro propio espacio urbano aprenderemos a comprender los problemas de espacios urbanos distantes del nuestro y no sólo eso, sino también los problemas que afectan al espacio urbano total. Mediante la participación haremos que nuestro proceso de concientización forme parte del proceso ecológico.

Debo aclarar que no podemos apartarnos de estas tareas porque de todos modos, tarde o temprano, por otros conductos habremos de enfrentarnos a la realidad metropolitana. La ciudad de México, como cualquier ciudad del mundo, es un organismo vivo en el que a cada momento surgen y mueren elementos cuyas metas son las de adaptarse al medio ambiente. Que este medio ambiente deba ser mejorado o transformado es problema posterior. Por su antigüedad y por razones de tipo histórico, el diagrama de la ciudad de México no coincide con los esquemas urbanísticos ideales: no hay esbozos concéntricos, ni sectores en círculos, ni aplicaciones empírico-racionalistas que nos permitan penetrar *a priori* en sus secretos urbanísticos para localizar, deslindar e impedir efectos. Si acaso, algunas zonas centrales y periféricas, por razones de reestructuración o de novedad, presentan características urbanas detectables, aunque en la mayoría de los casos los proyectos hayan sido superados por la realidad social. Las colonias populares se extienden en amplias zonas delegacionales y colindan, casi siempre, con el campo abierto semiurbano o con los atareados barrios comerciales, los cuales sirven de frontera a las mil y una deficiencias en los servicios y en los transportes. Algunas colonias muy contadas han conservado sus características urbanas originales y en todos los casos (Lomas de Chapultepec, Pedregal de San Ángel) se han desligado del resto de la ciudad mediante la aplicación de medidas económicas y urbanísticas aristocratizantes. Los ejemplos más vivos y ejemplares de la existencia urbana de la ciudad de México podemos aplicarlos en las colonias de la clase media alta y media: Narvarte, del Valle, Roma, ciertas secciones de la Juárez, Cuauhtémoc, Polanco, etcétera. Estas zonas representan no sólo la desorganización urbanística, sino también el síndrome, a la vez objetivo y subjetivo, del desenvolvimiento social del país. Los habitantes de estas zonas prefieren encerrarse en sus casas y apartamentos una vez efectuadas

las tareas del día. Los padres de familia, incipiente figuración de los *commuters* norteamericanos, los cuales escinden su existencia entre sus centros de trabajo y su lugar de residencia, se ocupan poco de menesteres que no sean la televisión y la lectura del periódico. Los jóvenes buscan esparcimiento en los contados sectores de diversión: Zona Rosa, Insurgentes-Roma, etcétera, siempre con el prurito de satisfacerse en placeres a los que tienen pleno derecho y siempre con la sensación de que las formas de vida de la ciudad de México les escamotean, por una patente hipocresía y también por miedo, aquellas instalaciones en las que la vida juvenil debe desenvolverse sin contratiempos: cafés, salas de música, discotecas, tribunas, foros, centros culturales, zonas de tolerancia, etcétera. Como buena matrona mexicana, la ciudad de México carece de sentido del humor y está llena de prejuicios. Su aspecto se transfigura por la noche, único lapso del tiempo en el que surge plenamente su belleza; pero desgraciadamente se vacía de todo contenido, de toda sugerencia. Sus esporádicos desplantes de audacia (centros nocturnos, restaurantes de tipo norteamericano, prostíbulos, zonas rojas) convergen con inusitada rapidez hacia la promiscuidad, la torpeza y el mal gusto. De esta manera, los jóvenes de la clase media, representantes de aquellos valores subrayados por el sistema, ansiosos de penetrar en la ciudad-mujer, dispuestos a vivir con ella sus experiencias más profundas, se ven impelidos a buscar en la oscuridad de sus barrios, a escondidas, un poco de sus inhibidas realizaciones. A partir del movimiento estudiantil de 1968 y de la forma como fue reprimido, estos jóvenes liberan su recién descubierta energía por dos caminos igualmente dudosos: mediante acciones catalogadas por la sociedad como delincuencia (drogadicción, asaltos, fiestas) o mediante el aislamiento individualista que secreta actitudes reaccionarias y pasividad. Con relación a su ambiente, estos jóvenes se descubren en una tierra de nadie. No hay medios, edificios, organizaciones adecuadas para incursionar en las complejidades de una sociedad en desarrollo. Sus universidades, escuelas, oficinas, centros culturales conciertos de *rock*, no ofrecen ese diálogo crítico ni esa actividad libre y democrática que los haga llegar a la participación consciente y, lo que es más importante, a una vida colectiva en la que el individuo posee, por lo menos, la posibilidad de desarrollarse en todos sentidos, en todos los niveles. En la toma de la Ciudad Universitaria y en Tlatelolco se intentó acabar con aquellos dirigentes que, a pesar de sus defectos e ingenuidades, trataban de revelar a los

jóvenes mexicanos un nuevo concepto nacional e internacional de la sociedad. A varios años de distancia, no sólo persiste un mal recuerdo, sino la ausencia de esa participación que sitúa al individuo y al grupo en el proceso de competencia y selección naturales, que permite a las mentalidades carismáticas adentrarse en las realidades sociales más estrujantes y más difíciles de entender. La localización y distribución de los miembros de la sociedad, como sucede en el mundo de las plantas y de los animales, se realizan dentro de los marcos de la práctica ininterrumpida, cotidiana. Y en lo que se refiere a las formas de organización colectiva, el hombre requiere de un conocimiento también constante, de una cultura que en este caso bien podríamos calificar de "ecológica" por tratarse de fuerzas operativas fundamentales que intervienen en la configuración de las ciudades y de las clases sociales: los jóvenes. Muchas veces he tratado de encontrar una respuesta adecuada a la siguiente cuestión: ¿Por qué no son los pasantes de las distintas carreras universitarias y técnicas (incluso por requisitos profesionales); por qué no son los jóvenes obreros especializados; por qué no son los jóvenes dirigentes los que se acercan al ciudadano (cualquiera que sea su clase social) y le descubren la realidad urbana y sociológica de la ciudad de México? ¿Por qué no son ellos, en contacto con sus vecinos y su pueblo, los que le revelan al ciudadano los instrumentos específicos de su conocimiento? Tal vez la participación a la que me he referido antes se encuentre instalada, de lleno, en esta posibilidad. Tal vez en el futuro ésta será la mejor de las participaciones. Después de todo sólo un necio puede negar que las ciudades también le pertenecerán a los jóvenes. Y este no es un fenómeno nuevo, sino una verdad que en la época contemporánea por razones estadísticas y científicas, ningún erudito en la materia puede negar.

Hace mucho tiempo, en el siglo xiv, un pensador de Islam planteó y explicó las tajantes diferencias entre los nómadas del campo (los campesinos, los hombres del desierto) y los sedentarios de la ciudad (esto es, los ciudadanos). El pensamiento de Abenjaldum, que así era su nombre, no se detuvo en precisar que el origen de la sociedad humana se había dado en el campo abierto, en la libertad del espacio carente de límites, sino que fue más lejos y planteó que la comunidad de los hombres "termina por la fundación de ciudades y tiende forzosamente a esto". Pero como para Abenjaldum "la vida sedentaria es el término en que la civilización viene a detenerse y corromperse; (y como) en ella el mal

llega al *maximum* de su fuerza y no puede encontrar el bien”, el erudito tunecino afirmaba implícitamente que la ciudad se convertía en tumba de sus moradores, ya que para él el proceso contrario (el traslado de la ciudad al campo) no acontecía jamás. Abenjaldum no adivinó, ni un ápice, la aparición de la industria ni mucho menos su posterior intenso desarrollo. Tampoco poseyó elementos para deducir la terrible mortandad, miseria, ignorancia e infelicidad que produce el terrible proceso de urbanización dentro de las ciudades occidentales contemporáneas. Sin embargo, la dinámica histórica que esboza el científico y poeta africano contiene algo de la dialéctica social que nosotros interpretamos como trágica e ineludible: nuestra visión de la ecología urbana coincide con una imagen en la que la ciudad constituye el punto final colectivo de todas las generaciones modernas. Consideramos que esa misma industria que nos alimenta, nos viste, nos proporciona los utensilios de nuestras actividades y en ocasiones nos enriquece, es, asimismo, la asesina de los miles de hombres y mujeres que la mantienen en pie. Las tesis más actuales de las ciencias parecen darle la razón a Abenjaldum cuando explican que los centros industriales y sus consecuentes hacinamientos y desorganización amenazan con aniquilar incluso a aquellos que no participan directamente en los trabajos de la industria. Nosotros, doblemente fatalistas, aceptamos sus asertos o bien dejamos a las *élites* especializadas y estudiosas la elaboración de todo tipo de ideas salvadoras. Creo que de esta manera hacemos coincidir nuestras existencias con otras afirmaciones de Abenjaldum, que son las siguientes:

La familia que llega a reinar sufre el influjo del tiempo, pierde su vigor y cae en corrupción. Los ciudadanos que se ven obligados a dar al imperio quebrantan sus fuerzas; llegan a ser juguete de la fortuna, porque se han enervado en los placeres y agotado sus fuerzas en el goce y el lujo. He aquí cómo termina su dominación política y su progreso en la civilización o urbanidad de la vida sedentaria, modo éste de existencia natural a la especie humana, como es natural al gusano hilar su capullo a fin de morir dentro de él.⁹

Otras descripciones de Abenjaldum, por ejemplo, la manera como los nómadas irrumpen en las ciudades y se apoderan de ellas, nos entregan la certeza del incipiente materialismo histórico del pensador del Islam. Sin embargo, en bien de nuestros propios intereses podemos acogernos a otra certeza: la de que el hombre es capaz, a lo largo del tiempo histórico, de cambiar el curso de sus fatalidades. Entendida la realidad y sus desarrollos probables, en el hombre reside la opción de aceptarlos o cambiarlos de rumbo. Sólo que en la época actual, tan alejada de principios absolutos y religiosos, cualquier solución exige la práctica y el entendimiento conjuntos y colectivos, es decir, requiere de una actitud dialéctica. De otra manera no estaremos haciendo otra cosa que vivir la secuencia de un cuento que se escribió hace mucho tiempo.

⁹ Mencionado por Ortega y Gasset (*El Espectador*, VIII, 1934, *Obras completas*, t. II), según Fernando Chueca Goitia: *Breve historia del urbanismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1968.